

## **CUBA: Industrias culturales, identidad regional y crisis**

---

**René Muiños**

---

En Cuba, la lucha por el desarrollo de las industrias culturales ha formado parte de una acción permanente, a lo largo de las tres últimas décadas, en favor de la afirmación de la identidad cultural y de la soberanía.

La difícil situación por las que éstas atraviesan en el momento presente, después de muchos años de un desarrollo acelerado, no puede ser separada del punto donde hoy se encuentra el proceso revolucionario cubano, en medio de la crisis que desde los años 80 sacude a los países menos desarrollados y que es particularmente sensible para el modelo socialista de Cuba, por su dependencia histórica y sus vínculos orgánicos, hasta hace muy poco tiempo, con los países este-europeos.

Su futuro no podrá ser separado tampoco del futuro de las industrias culturales nacionales en América Latina y el Caribe y de las perspectivas reales del proyecto de integración que los gobiernos del área promueven en este terreno, como vía de enfrentamiento común a la influencia despersionalizadora que ejerce sobre la región la cultura transnacional.

Debido a la proximidad geográfica y a la dependencia política y económica de los Estados Unidos, Cuba fue, hasta 1959, uno de los países más penetrados por la cultura norteamericana. No existía una cinematografía nacional. La producción de libros cubanos se mantenía en niveles sub-industriales y el país estaba siendo preparado por las editoras transnacionales de los EE.UU como plataforma de producción y distribución continental de textos en español. Situación semejante presentaba la industria del disco, prácticamente subordinada a intereses promocionales comerciales. No existía política de desarrollo del arte y la artesanía y, en consecuencia, un mercado organizado sobre auténticas bases culturales.

A partir del triunfo revolucionario de 1959 –y en virtud de la estatalización de las industrias culturales existentes y de su fomento– se perfila un modelo nuevo de desarrollo de las industrias culturales, sustentado en la afirmación de la cultura nacional y orientado hacia su democratización a tenor con un programa de acceso masivo a la educación y la cultura.

La primera industria cultural creada por la Revolución cubana es, al mismo tiempo, la primera acción cultural asumida por el naciente proceso. El Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC), fundado en los primeros meses de 1959, es para muchos el símbolo de la cultura revolucionaria, tanto por esta primicia, como por sus resultados nacionales e internacionales en la búsqueda y expresión de un producto artístico de raíces cubanas, comprometido, y de marcada proyección latinoamericana y tercermundista.

El ICAIC logró nuclear en torno al cine un notable movimiento de realizadores, escritores, compositores y artistas plásticos de vanguardia. Ha asumido, hasta la fecha, el monopolio de la producción –que en 1990 estuvo en el orden de 11 largometrajes, 40 documentales, 12 dibujos animados y 52 noti-

cieros—, el control de importación y exportación y la administración de toda la red de exhibición, lo que le ha permitido articular una política eficaz de difusión de las cinematografías nacionales de América Latina y el Tercer Mundo, así como del cine progresista y de avanzada artística de otras latitudes.

El mismo año que se crea el ICAIC, fue fundada la Imprenta Nacional de Cuba, dirigida entonces por el notable novelista Alejo Carpentier y núcleo originario de la futura industria editorial que actualmente agrupa el Instituto Cubano del Libro. El ICL (1989) cuenta con numerosas casas editoriales y ostenta la presidencia de un *pool* de editoras gubernamentales, sociales, científicas y políticas que conforman el Consejo Editorial Nacional, entidad encargada de trazar una política editorial centralizada. Del Consejo forma parte la editorial de la Casa de las Américas, institución consagrada durante varias décadas a la promoción, encuentro y reconocimiento de la literatura y las artes de América Latina y el Caribe.

Los resultados en la Industria del Libro son apreciables, no sólo en los volúmenes impresos en los últimos 30 años —más de 30.000 títulos con una tirada global cercana al millón de ejemplares— o en la emergencia de los autores cubanos —más de 1000 autores publicados— y latinoamericanos; sino también por el incremento explosivo de la lectura y del consumo de libros, que se elevó de 0.2 libros por habitante en 1959 a 5 en 1990. Este fenómeno está estrechamente vinculado a un proceso paralelo de alfabetización y escolarización masivas.

Con la instauración, en 1962, de la Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales (EGREM) se completa la tríada que tipificó las industrias culturales cubanas durante las décadas del 60 y del 70. La industria discográfica se sustenta casi exclusivamente en la producción de música cubana de los

distintos géneros y ha facilitado la generalización y dignificación del acervo musical autóctono, contribuyendo con ello a su rescate y preservación. Esta industria, al igual que las anteriores, ha requerido de grandes inversiones y capitales gubernamentales; pero a diferencia del cine y el libro no ha podido promover espacios de intercambio y cooperación con América Latina por las barreras que imponen los intereses del mercado.

Aunque la política cultural cubana ha favorecido el desarrollo del arte y de la artesanía a través de sus instituciones, éstas no se integran como mercado ni se organizan en tanto sistema productivo hasta 1976, con la creación del Fondo Cubano de Bienes Culturales (FCBC). La nueva entidad fue concebida para la promoción y comercialización nacional e internacional de las artes visuales y otras producciones y actividades artesanales con valores estéticos.

El impulso recibido por el FCBC en los últimos años se relaciona, en gran parte, con la creciente necesidad frente a la crisis de abrir espacios comerciales y rubros exportables no tradicionales mediante las artes. Esta iniciativa responde a una estrategia nacional de todos los sectores potencialmente productivos dirigida a la recuperación de la economía interna y el financiamiento de las importaciones necesarias para sostener los niveles de desarrollo alcanzado por algunas actividades que, como la cultura, la economía central deprimida cada vez está en menos condiciones de sufragar.

Con este fin se están fomentando numerosos talleres para la producción de artesanías, cerámicas y montaje de obras en diferentes localidades; se amplía a todos los focos turísticos la red de establecimiento de ventas y se realizan esfuerzos por extender la base productiva mediante la organización gremial de artesanos (ACCA). Paralelamente Cuba se empeña en insertarse de manera favorable en el mercado internacional de



arte, explorando las posibilidades de integración con América Latina en este campo y aprovechando el levantamiento del bloqueo sobre la plástica ejercido hasta fecha reciente por las autoridades norteamericanas en el mercado interno de ese país. Se exploran, además, nuevos campos de integración con la industria nacional, como el proyecto *Telarte* que ha desarrollado una nueva gama de estampado de alta demanda a partir de diseños inscriptos en la tradición pictórica y artesanal, o como el proyecto *Arte en la Fábrica* dirigido a la ambientación plástica de las grandes factorías para elevar la productividad.

Los criterios de éxito de esta política de desarrollo descansan en los síntomas de una creciente relevancia de la plástica cubana y latinoamericana en los centros mundiales del arte, así como en el considerable potencial plástico del país, que en la actualidad cuenta con más de 2.000 artistas profesionales, que su versatilidad y nivel de experimentación creadora constituyen, quizás, el movimiento más vital de la cultura cubana de hoy.

Una estrategia semejante para enfrentar la crisis se ha ido componiendo en las industrias culturales más antiguas, y ha abierto nuevas expectativas en el panorama de la cultura cubana actual.

En el libro son de data relativamente reciente iniciativas nuevas como la Agencia Literaria Latinoamericana, la Editorial en Lenguas Extranjeras "José Martí" y la Cámara Cubana del Libro, que junto a la tradicional empresa Ediciones Cubanas, integran un sistema bastante coherente para la promoción de autores y textos cubanos en el exterior y para la comercialización mundial de libros de factura nacional.

La industria musical, tal vez la más neurálgica por el alto costo inversionista y la sofisticación tecnológica alcanzada a

escala internacional, se afana por lograr parámetros de grabación y reproducción que la sitúen en niveles favorables de competitividad. Al propio tiempo se aprovecha la ola de popularidad internacional de la salsa y la universalización –al menos a escala iberoamericana– de la nueva trova y de cantautores como Pablo Milanés y Silvio Rodríguez o se inauguran otras proyecciones como la creación de una editora musical para la producción de partituras que potenciarán el desarrollo interno de la música cubana.

Los resultados iniciales de la nueva estrategia son altamente esperanzadores. Sin embargo, las circunstancias políticas internacionales se muestran negativas para el país. Si bien en vísperas de los 90 Cuba compartía y sobrellevaba con el resto de las naciones del Tercer Mundo la crisis originada por la deuda externa, de esa fecha acá ha sido particularmente afectada por el derrumbe del socialismo en Europa del Este y la depresión abrupta de los nexos multilaterales que sostenían una economía de intercambio.

En las industrias culturales ha sido considerable el trauma por la reducción drástica y la falta de perspectiva de las importaciones de los insumos que soportan las producciones, como papel, celuloide, cintas magnéticas, entre otros. Igual situación se presenta en la renovación del equipamiento y el recambio de piezas. Las reservas de muchos de estos insumos se cuentan por meses y algunos no durarán más allá de 1991.

En medio de esta dramática coyuntura, el estado cubano lucha por su reinserción económica en el mundo capitalista sin renunciar al modelo socialista mantenido durante más de 30 años. El éxito de las acciones de integración regional adquieren para Cuba una relevancia capital en todos los campos.

El terreno de las industrias culturales son particularmente viable por la existencia de antecedentes y voluntades intergubernamentales recientes en materia de cooperación, integración de mercados y circulación de bienes culturales, que han ido tomando cuerpo progresivamente en las reuniones de ministros de cultura y responsables de políticas culturales, iniciadas en Brasilia en 1979.

Esta perspectiva regional, además de vital para el futuro de Cuba, es coherente con la proyección latinoamericana de su herencia cultural, simbolizada por Martí y la utopía de Nuestra América, y ha estado presente consecuentemente en los enunciados y la práctica de la política cultural de la revolución cubana en estos 30 años.

Tales premisas preparan el camino para un examen más a fondo, desde la cultura, de las posibilidades reales de inserción del modelo cubano en el proyecto de integración regional y sustentan muchas de las expectativas que, sin duda, estarán presentes en la IV Reunión de Ministros de Cultura de La Habana, en septiembre próximo.